



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La modestia.—A Polonia; poesía.—Magdalena. (Continuacion.)—Palabras de un materialista; soneto.—¡Los bienaventurados!—Modas.—Explicacion del figurin.

LA MODESTIA.

Cuando pasa el invierno: cuando se suceden á los desconsoladores dias oscuros, lluviosos y frios, los de una primavera anticipada: cuando vemos el sol empezar á reanimar la yerta y entumecida naturaleza, á deshelar los estanques y pantanos, y á vestir los árboles con la blanca ó rosada flor que pronto dará su fruto, todos gozamos: todos sonreimos.

El pobre enfermo se agita en su lecho de dolor, crée que recobra su salud, y se apresura á abandonar los sitios donde tanto ha sufrido, para dar un paseo por el campo, y á imitacion de las plantas, vestirse con las galas de la salud.

Los niños se despiden gozosos de los brazos de su madre, por arrojarle en los de su aya, y que esta les lleve á los jardines, y á la deliciosa vega, que empieza á ostentar su manto de césped.

Todo lo que anuncia la primavera es hermoso y seductor. Esa época es la de los deleites más puros, y no hay alma por vulgar que sea, que no se sienta inclinada á amar y á bendecir el autor de tan inefables maravillas.

Nuestro Redentor quiso sin duda morir en esa época, para dar al mundo flores, en cambio de las espinas que laceraban sus sienes; pues siempre generoso, superior y grande, quiso demostrar al hombre que se deben volver favores por agravios.

Tambien quiso demostrar á la mujer, la flor de su predileccion y agrado, para que en todo la imitase, logrando por ello la conquista de las almas y la estimacion del mundo.

Porque el Jesus amoroso, hijo de la Purísima María, en sus sábias doctrinas, ante todo

pensó en la rehabilitación de la mujer, y en hacerla virtuosa y feliz.

Por eso quiso que copiase las cualidades de la violeta, que fué la flor elejida del Señor, para que naciese ante todas, en la hermosa primavera.

Ella representa la modestia, el recato y la fragancia más hechicera.

Así es que donde quiera engendra simpatías, como no podrá menos de engendrarlas la jóven que recorra el bosque y considere la humildad de esta reina del valle, que sin botones de oro, ni mantos de púrpura, ni vistoso ramaje, forma el encanto de las grandes almas, y es la que canta el poeta con más placer, y la que elije el pintor de paisajes, y la que sirve de norma á los corazones sensibles.

¿No os ha sucedido muchas veces llegar á una reunion, á una *soirée* (como decimos los españoles desde que andamos á caza de términos franceses) y ver allí la ostentación, el lujo, la grandeza, en un grado que os ha oprimido el pecho, y os ha parecido que os faltaba aire que respirar?

¿No habeis temido alguna vez llegaros á una jóven hermosa para decirle que la amábais porque la visteis vestida con un lujo y esplendor que os dió miedo, creyendo que solo un príncipe tendria derecho á tocar aquella mano, en cuyo brazo estaban como en un bazar de platero sobrecargadas las perlas con los brillantes y rubies?

¿No os parece que la falta de sencillez y naturalidad aleja los corazones á una distancia incalculable?

¿No os ha arrebatado más de una vez una linda niña, de ojos negros ó azules (que en verdad es lo mismo cuando se cuentan quince años), que en medio de un baile lucía por su sencillez, destacándose como la violeta por la estremada naturalidad con que vestía un bonito traje blanco?

¿No os ha parecido más linda que una diadema la rosa blanca ó encarnada con que adornaba sus cabellos?

¿No habeis admirado su torneado brazo, limpio y puro, libre de las argollas que valúan la riqueza de los padres, ó los empeños y fatigas de una posición social engañosa?

Para las niñas, el mejor adorno es la modestia.

¿Cuánto nos duele ver desenvoltura y ademanes libres en la inesperta juventud que por primera vez pone su planta en el escalon de los placeres y se lanza frenética en las sociedades á imitar tan solo aquello que ni siquiera debiera mirar!

Solo ven los ojos de la niña, la mujer á la moda, aquella que lleva un séquito de adoradores por su lujo sin igual y su descarado coquetismo.

Este es un engaño perjudicial en extremo para esas tiernas vírgenes que creen firmemente no brillarán ni serán amadas si no imitan esos dañinos ejemplos.

Una mujer de sociedad, ó mejor dicho, una mujer á la moda, ejerce una influencia en los hombres que pasma: así lo creéis al menos las que salís al mundo con la misma esperiencia que la tierna gacela al dejar la gruta para esponderse á los tiros del cazador que despiadado la aguarda.

Os equivocais, pobres niñas. El corazón del hombre no se satisface con el amor de una mujer que los escucha á todos igualmente, y que, á manera de circular, reparte miradas cariñosas á todos lados sin sentir en su espíritu la verdadera llama del amor.

El hombre sigue por orgullo á esa mujer porque es la envidiada en los salones y la que nunca se fija ni somete su capricho á la ajena voluntad.

Pero ¿cuán pronto se cansan de ella los que con más extremo la adulaban!

¿Cómo les retrae y retira esa superficialidad constante, esa mentira eterna, ese finjimiento culpable, esa odiosa estratagema, ese descaro atrevido!

Más de una vez ha costado caro al hombre el querer dominar una de estas mujeres resueltas y libres, que á fuerza de lujo y altanería han querido oscurecer las gracias de las demás.

Mujer de estas ha habido, que con la mayor frialdad, el estoicismo más completo, ha llevado al suicidio uno de sus adoradores sin derramar una lágrima en la tumba que habia abierto sin remordimiento ni temor.

No copieis estos cuadros que estremecen.

Sed modestas y lo sereis todo.

Solo la modestia inspira un amor verdadero y puro.

¿Qué os importa á vosotras el séquito que lleva tras sí el descaro y el lujo?

¿Para qué tantos séres, si para la felicidad de una mujer basta con encontrar un solo corazón que ame verdaderamente?

Los que siguen una mujer por amor propio ú orgullo, son tan vanos como ellas. ¿Qué os importa que se alejen de vosotras?

Más allá, cuando menos pensais, hay quien os observe, quien lea en vuestros sentimientos, quien reconozca vuestra virtud y coloque en vuestras sienes la blanca corona de desposada para amaros como merecis las que sois modestas é imitais en todo la flor elejida por Dios para representar el pudor, la timidez y la virtud.

ROGELIA LEON.

A POLONIA EN 1863.

¿Qué poderoso acento
En la márgen del Vístula resuena,
Que en impetu violento
« ¡Guerra, guerra! » clamando al vago viento
De pátrio ardor los corazones llena?

Triste un pueblo que gime
De la opresion, bajo la férrea planta,
Escúchalo, y sublime
A quebrantar el yugo que le oprime
Contra el déspota fiero se levanta.

No al tirano homicida
Bastó, Polonia, contemplar tus penas;
Quiso al par que vencida,
Verte cantar su triunfo envilecida
Al infausto rumor de tus cadenas.

Mas ¡ah! nunca obediente
Pudieras consentir en tal mancilla:
Tu altiva y noble frente
Antes que á su mandato omnipotente
Rendir quisiste á su feroz cuchilla.

¿Cuántos, cuántos horrores
Por verte subyugada desplegaron
Los fieros opresores!...
Contestaron con risa á tus clamores,
Y tu sagrada religion hollaron.

¡Cruelles!... ¿Quién pudiera
Largo tiempo sufrir tal tiranía?
Oprobio eterno fuera
Cual corderos morir, sin que se uniera
El grito de venganza al de agonía.

« Baste, Dios justo, baste, »
Dijiste alzando las opresas manos;
Y el hierro fulminaste,
Y á la tremenda lucha te lanzaste,
Gritando con valor: « ¡Fuera tiranos! »

Mas ¡ay! que cual torrente
Que ráudo baja de enriscada altura
Destruyendo potente
Cuanto se opone á su veloz corriente,
Y sembrando el terror por la llanura;

Así se precipita,
Polonia, contra tí, su triunfo cierto
Juzgando el moscovita,
Y al esterminio con su voz escita
Al bárbaro cosaco del desierto.

¡Y sola, abandonada
Te encuentras, oh baldon!... La culta Europa
Te tiende una mirada
De compasion tan solo, y descuidada
Deja que apures del dolor la copa.

« En vano ¡ay triste! en vano
» Invocarás de Wola los laureles; »
Dice el audaz tirano:
« Esclava humilde besarás mi mano
» Y hollarán tus campiñas mis corceles.

» Tus guerreros vencidos
» A mis plantas verás, y tus pendones
» Do quiera escarnecidos:
» En vano clamarás, que á tus gemidos
» Sordas serán por siempre las naciones. »

¿Será verdad, Dios santo?...
¿Y podrá Europa contemplar inerte
De ese pueblo el quebranto,
Sin que responda á su dolor y llanto
Con ronco grito de venganza y muerte?

No, jamás; que al acento
De independencia ¡oh pueblo! que proclamas
Con heróico ardimiento,
Responderán cien almas, y otras ciento
Que de entusiasmo con tu arrojo inflamas.

Presto tal vez la aurora

Luzca, en que fuerte la justicia vibre
 Su espada vengadora;
 Tal vez ya suena de expiacion la hora....
 Lucha, Polonia, en tanto y serás libre.

Lucha; tu causa abona
 La justicia de un Dios omnipotente:
 Si el mundo te abandona,
 La del martirio celestial corona
 De tus guerreros ornará la frente.

Y al par tu claro nombre
 Justa la fama grabará en su templo;
 Entusiasmado el hombre
 Admirará por siempre tu renombre
 Y á las naciones servirás de ejemplo.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

Sevilla 27 de mayo de 1863.

MAGDALENA.

II.

Mme. Louvet, tia de Magdalena, habitaba cerca de su hermano Mr. Mercier. Ocupaba una casa de dos pisos situada en la calle du Rocher. Iba próximamente á dejar á París por el campo; pues acababa de comprar una linda quinta en el departamento de Pas-Calais, colocada á la entrada de un bosque, y como á media legua del mar.

Con el objeto de cerrar agradablemente la conclusion de las reuniones de invierno, daba un baile antes de partir para la provincia. Pocos convidados faltaron á esta última fiesta, pero los que más rehusaron este honor fueron los jóvenes, de manera que siendo la parte masculina poco numerosa, algunas bellas tuvieron el disgusto de permanecer sentadas.

Magdalena Mercier no se apercibía del fastidio de sus compañeras, porque desde que principio el baile no la faltaron invitaciones. Vestida con un traje de crespon blanco, deslumbraba de belleza, bajo la artística corona de acianos azules, que se mezclaba con sus espléndidos cabellos blondos.

Ya no pensaba en aquella señorita de provincia que había sido por la mañana objeto de sus burlas, y cuyo nombre no oía anunciar.

El conde de Lalande había llegado de los primeros á casa de Mme. Louvet. Sin embargo, el joven se contentaba con ver bailar. A las once todavía no había despegado sus labios, ni invitado á Magdalena. Esta, que veía todo doblegarse á su voluntad, y sus menores deseos adivinados de antemano, observaba con tal despecho la conducta del conde, que cambió singularmente su hermosura; su rostro tomó una espresion desapacible que la hacía, si no fea, por lo menos desagradable.

Mlle. Louvet reparó la inaccion del joven, y por ella le dirigió graciosas reconvenciones.

—En verdad, señor conde,—le dijo,—voy á creer que sufrís ó que os fastidiáis.

—¡Yo, señora!—replicó Julian conmoviéndose ligeramente.

—No hablais palabra.

—Pero me divierto en ver,—interrumpió el joven procurando recobrar su alegría.

—A vuestra edad no basta.

—No recuerdo nunca haberme hallado en una reunion más agradable,—continuó Julian sin añadir nada más.

Este elogio asomó una sonrisa de satisfaccion á los labios del ama de la casa.

—Sois sumamente amable, señor conde,—le dijo ella;—figuraos que á pesar de lo avanzado de la estacion he reunido casi todos mis amigos, salvo algunos jóvenes, y los hijos de un amigo ya difunto, que esperaba esta noche: son hermanos Mr. y Mlle. Bonneville.

Al oír este nombre, que le recordaba la conversacion de Magdalena con su amiga Leontina, el conde de Lalande se conmovió vivamente. Y es que en verdad, las burlas de Magdalena, sus malignas interpretaciones acerca de una persona que jamás había visto, daban mucho en qué pensar al joven. Desde luego gustaba poco del carácter de Mlle. Mercier; pero desde aquella mañana, procuraba repetirse, aunque en vano, como siempre que abrigaba menos maldad que irreflexion ó ligereza, y concluía por pensar seriamente que no tenía co-razon.

—Ignoro lo que los retiene,—continuó madame Louvet, hablando siempre de Mr. y mademoiselle Bonneville:—tal vez algun negocio urgente en el estudio que desempeña Alfredo,

Un primer oficial de notario en París trabaja más que su principal.

(Se continuará.)

JOAQUINA DE CARNICERO.

PALABRAS DE UN MATERIALISTA.

SONETO.

Reid, gozad, hasta perder el tino;
Haya escándalo y gresca y despilfarro,
Cual hoy amaneció, mañana el carro
De Febo rodará por su camino.

Pensar en la desgracia, ¡desatino!
Pensar en la miseria, ¡qué desbarro!
¡Si los hombres no somos sino barro
Modelado en juguetes del destino!

Reid, reid, como también yo rio;
¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Nó lo veis? ¡Disfruto tanto!
¡Qué decis de otra vida? ¡Qué manía!

— ¡Quién pudiera volverse mármol frío
Por no oír esta voz que me dá espanto,
Y siento en mi interior: Conciencia mía!

JOSÉ PUIG PEREZ.

Alcoy, 1863.

¡LOS BIENAVENTURADOS!

CUADROS FESTIVOS (I)

POR D. LEANDRO ANGEL HERRERO.

CUADRO PRIMERO.

Los pobres de espíritu.

I.

Séguramente que el autor de este cuadro debiera empezarle por una definicion del epígrafe que figura al frente; pero el Catecismo del P. Ripalda le ha ahorrado este trabajo, y no alimenta por cierto la aspiracion de enmendar la plana al autor del Catecismo, que en punto á definiciones ha dado cuchillada á todos los doctores de la Iglesia.

Así, pues, amado lector, figúrate por un solo

(1) Estos cuadros van á publicarse en un elegante volumen á la mayor brevedad. — En nuestro deseo constante de proporcionar á nuestros favorecedores una lectura escogida, agradable é interesante, no hemos vacilado en solicitar del autor nos conceda el honor de dar á luz algunos de ellos en las columnas de nuestro semanario. Nos parece que nuestros favorecedores nos han de agradecer el conocimiento de una parte de este apreciable trabajo.

momento que te hallas por segunda vez en la infancia, cuando jugabas á los bolos, si eres hombre, ó á las muñecas, si eres mujer; y figúrate, además, que has pasado el A, B, C, en la escuela, y que el maestro te ha puesto una leccion de memoria, sita en la página 81 de la edicion vulgar del Catecismo del P. Ripalda, donde hay una pregunta que dice:

— « ¿ Quiénes son los pobres de espíritu? »

Tengo la certidumbre, y no debo hacerte una ofensa, de que tu memoria sabria aprender la respuesta, y que cuando tu maestro, calándose las gafas azules y acariciando el mango de la palmeta, te hiciera aquella pregunta en la hora de la leccion, le contestarias de corrido:

— *Los pobres de espíritu son los que ya no quieren honras, ni riquezas, ni aun moderadas.*

En efecto, tales deben ser estos pobres, y tales serán, con arreglo á la letra del dogma, y con poco que pienses sobre la materia, tendrás ya bastante para conocer que en este siglo de las luces ó de los fósforos, como diria Breton, esta clase de pobres constituyen lo que en matemáticas se llaman *cantidades negativas*, ó lo que en otros tiempos se hubiera llamado en latin *avis rara*.

Y advierte de paso que hay algun fundamento para pensar así, porque los hombres actuales, respecto á la *honra*, por mucha que sea la suya, gustan extraordinariamente de pellizcar la ajena, cosa que pasa ya del provecho propio; y por lo que hace á las riquezas, el bendito siglo XIX es un Heliogábalo del oro, un tragoncillo insaciable que tiene siempre las fauces abiertas, lo cual tambien quiere significar que es un siglo de muchas necesidades.

Sin embargo, el autor de estos cuadros ha nacido en él, y lejos de mirarle como á un padraastro, se felicita, persuadido de que los que figuran á su espalda son infinitamente peores, y Dios sabe cómo serán los que vengan despues, aunque esto no le importa maldita la cosa, porque muerto el enfermo se acabó la rábía, ó lo que es igual, al asno muerto, la cebada al rabo.

De todos modos, lector, al autor de estos cuadros le ha ocurrido la idea de buscar los *bienaventurados* del siglo XIX, con lo cual se propone rendirles un homenaje de aprecio, porque en él ha visto la luz, y porque se le antoja de-

fenderle de las diatribas de algunos espíritus fuertes: bien que el dichoso siglo se rie grandemente de las tales diatribas; y con la cabeza erguida, como un gigante de la fábula, marcha á remolque en alas del vapor por el túnel de las tinieblas, guiado por la luz de esta inmensa palabra: « Adelante. »

Y hé aquí, lector, cómo revolviendo el monton de los bienaventurados de este dichoso siglo, la primera especie que ha exhumado el autor ha sido la de los pobres de espíritu, cosa que le ha costado más trabajo que ha de costar al mundo hallar la piedra filosofal, ó el movimiento continuo, ó la cuadratura del círculo, ó la direccion de los globos aereostáticos, cuatro problemas que han vuelto el juicio á más de cuatro, y que probablemente se le volverán á más de diez, aunque esto ni á tí ni á mí nos interesa, porque bien mirado, al que quiera ser loco que le den de palos.

Sentados estos precedentes, el autor juzga ya oportuno darte á conocer la primera figura de su cuadro, no sin encomendarse antes á tu benevolencia, á fin de que la mires con buenos ojos, ó con la sonrisa en los labios, única recompensa que te pide y que no te es difícil conceder, si, como lo desea, no padeces de hipocondría inveterada ó de mal humor crónico, en cuyo caso te encomienda de antemano á algun santo, abogado de la risa y de la alegría, si es que existe en la corte celestial, ya que él no le ha encontrado en el *Flos sanctorum*, ni en el *Martirologio romano*, ni siquiera en el *Almanaque*.

II.

Si no lo has por enojo, lector amigo, hemos de ir á sorprender juntos á la primera figura de este cuadro, y por ahora la hemos de contemplar de perfil hasta que nuestro aparato visual se vaya identificando con las líneas, en cuyo caso pasaremos á examinarla de frente. Así pues, déjate conducir por la mano, aunque sea con los ojos vendados para que el camino no te parezca tan largo, y á través del laberinto de calles de la muy noble y muy heroica villa del madroño, el autor, convertido por esta vez en lazarrillo tuyo, te colocará en el único punto desde donde podrás contemplar á tu sabor la primera figura de su lienzo.

Una vez allí, puedes arrojar la venda, si es que te la has puesto por obediencia, y así que tus ojos se hayan acostumbrado á la luz, no te será difícil conocer que te hallas en la calle de Alcalá, precisamente en una de las esquinas de la de Peligros, cualquiera de las dos que sea de tu agrado, que por esto no hemos de reñir, aunque á decir verdad, estas esquinas, si se derivan por línea recta del nombre de su madre, las calles deben ser algo peligrosas.

Mas por esta vez, ni tú ni yo hemos de obedecer aquella regla que nos enseña á evitar los peligros, y téngalos ó no los tenga la calle de idem, nosotros, que vamos á examinar un cuadro, nos hemos de estacionar en una de las esquinas, aunque para precavernos volvamos las espaldas á la tal calle, pronunciando, si es preciso, un concienzudo *vade retro*, por si la tentacion nos viene á turbar aún de espaldas, en cuyo caso haremos la cruz con una mano y tomaremos bonitamente las de Villadiego, porque esto sería tener el peligro demasiado próximo; y sabido es que quien ama el peligro, en él perece.

Nada de esto por fortuna nos ha de suceder; porque los peligros suelen acometer más bien á las personas ociosas que pululan sin objeto, consagradas á esa peligrosa y facilísima tarea que se llama *perder el tiempo*; y nosotros, hoy por hoy, no nos hallamos en el caso de saborear esa fruta tan dulce y tan amarga á la vez, puesto que tenemos que gozar de más bella sorpresa, con poco que fijemos la atencion sobre nuestro cuadro, que ya es razon comenzar, para no pasar por la plaza de perezosos ó de molestos; lo cual, al menos para el autor, sería una verdadera desgracia.

Y así, instalados tú y yo, lector, en una de las esquinas de la mencionada calle (que no me atrevo á nombrar de nuevo, temeroso de caer en el peligro de enojarte con alguna digresion más desagradable); instalados, repito, en una de las esquinas, te suplico tengas la bondad de forcer los ojos á la izquierda, y arrojando una visual á lo largo de la hilera de árboles éticos de la calle de Alcalá, algo más allá de un convento de monjas, pintado de un horroroso color de naranja, que asusta á la vista, frente por frente á la puerta de una horchatería con reloj

de cuco, que además toca el wals de *Guillermo Tell* cuando dá la hora, descubrirás perfectamente un hombre recostado sobre el tronco de una de las acacias, el cual tiene los ojos elevados al cielo, como si estuviera haciendo oración, importándosele un comino de todo lo que sucede en torno suyo, y siendo tal su inmovilidad, que á cierta distancia, más que criatura humana, parece un guardacanton ó una estatua de granito, cosa que á nosotros no nos ha de parecer, querido lector, porque le estamos examinando de cerca.

Y para que sepas quién es este honorable, debo decirte por ahora su nombre, que no es otro que el de Alejo Buscon de la Solapa, antiguamente Alejo Buscon á secas; pero de la Solapa, desde el momento en que le hicieron la merced de inscribir su nombre en el libro de matrículas de la Universidad para cursar jurisprudencia, y sabido es que en los tales libros de matrícula tienen que figurar los apellidos paterno y materno; por cuya razón nuestro héroe, aunque descontento de los suyos, no tuvo más remedio que conformarse con aquella disposición reglamentaria, y sufrir que todos los días cuando los profesores pasaban lista, le nombraran con gran prosopopeya: «El señor Buscon de la Solapa,» á lo que tenía que contestar humildemente: «servidor de Vd.»

Y dicho sea de paso, el pobre jóven sufrió al principio un atroz tormento, y le sufría siempre que tenían que salir á luz sus apellidos, porque á decir verdad, causaban la hilaridad de todo el mundo, y no sabía él si el *Buscon*, á pesar de su sonoridad, era más horrible que el de la *Solapa*, el cual para dar más estension á su chusco significado, iba precedido de la partícula *de* y del artículo *la*, que eran su pesadilla. Así este mozo, cuando se acordaba de su padre y de su madre, sufría espantosas convulsiones de nervios, y se lamentaba de firme pensando que bien podía él no haberse llamado *Buscon*, ni ella *Solapa*, ó cuando menos no haberse casado, para que sus herederos no tuvieran la desgracia de llevar reunidos ambos apellidos, con el aditamento de aquella partícula *de* y aquel infame artículo *la*, que como hemos dicho eran su desesperación.

En el aula, sobre todo, se desternillaban de

risa sus camaradas cada vez que le nombraban los profesores, y fué tan aciaga su estrella que aquel apellido cobró celebridad, como la cobran otras muchas cosas, en términos, que así que ponía los piés en la Universidad, llovía de todas las bocas que era una bendición; cosa que le dió más cordel que el que mereció Caifás, hasta que la costumbre de oírse nombrar así le inspiró una dulce resignación, convencido de que hasta la muerte no había de poder librarse de soportar las risitas y las bufonadas, á que se prestaba su apellido.

Respecto á la Universidad, le consoló la idea de que cursaba ya el último año de leyes, en la época en que vamos á conocerle, y aunque sus primitivas aspiraciones fueron las de avanzar hasta el doctorado, desistió de ello para retirarse cuanto antes de la vida estudiantil, á fin de encerrarse en un despacho á hacer pedimentos, donde al menos, si se reían de su firma, no se reirían en sus barbas, como sucedía en el aula.

(Se continuará.)

MODAS.

Correo de señoritas.

¡Qué trajes tan elegantes se dejan ver todos los días en la alta sociedad! Apenas podrían definirse, y el buen gusto se halla en la alternativa de no saber qué escojer. La mayor parte son de color cuero, cabellos de la reina, azul de azahar y la Vallière. En cuanto á los adornos los hay de mil clases, pero las disposiciones no son las mismas, y los volantes solo se emplean con cierto tino y no como el todo sino más bien como parte de adorno. Los encajes y las pasamanerías ocupan á su vez un lugar importante; voy á describir los trajes más dignos de notarse.

Primero, ejecutado para una novia, era azul nuevo, matiz que vá bien con todos los colores, guarnecido de muchos ruches amazorcados y mezclados de encaje negro y blanco. El cuerpo era abierto por delante, sin punta, con cintura igual al traje; mangas ajustadas. Un camail adornado del mismo modo, tenía un doble volante blanco y negro de bellissimo encaje. Completaba este traje un delicioso sombrero de crespon y blonda blanca, adornado de plumas saúce y de rosas de varias tintas.

Otra creación igualmente elegante era de tafetan verde; el bajo de la falda artísticamente guarnecido con entredoses de encaje bastante-

mente ancho, para poder soportar unas coles de tela colocadas alternativamente arriba y abajo del entredós. Un chal de encaje recubría el vestido, y el sombrero era de crin blanca guarnecido de glucine.

Otro traje de tafetan cuero adornado con una cadena de ladrillos interrumpidos. Estos ladrillos regulares se hacen de color más oscuro, y los huecos se llenan de riquísimas pasamanerías. El cuerpo forma gran aldeta por detrás y punta de chaleco por delante; las mangas semi-ajustadas y redondeadas, guarnecidas como la falda.

Hé aquí otro traje que solicita nuestra atención. Es de tafetan malva; el bajo de la falda tiene por adorno dos vueltas de terciopelos, uno de cuatro centímetros con lazos descendentes, y el otro de dos centímetros colocado encima; entre todo han de componer diez centímetros que será la anchura del falso.

Los tafetanes escoceses azules y verdes han recobrado todo su favor; hay disposiciones grandes, pequeñas y medianas, para aplicar cada género a la talla de las que deben llevarlos. Estos tafetanes son para semi-toilette. Se emplean con adorno ó sin él. El cuerpo generalmente de talle redondo lo retiene una enorme cintura franjeada. Los echarpes franjeados de escocés de todos colores, se llevan con trajes de muselina blanca lisa ó bordada. Las muselinas bordadas pertenecientes á la lencería, se guarnecen de magníficos encajes. Las más veces sabe dar la artística costurera cierto sello de elegancia al más sencillo, que lo pone al nivel de los más ricos trajes del mismo género.

Se ha hablado mucho de los magníficos tocados ejecutados para una novia del gran mundo. Eran efectivamente encantadores. Las margaritas de la estacion, las amapolas, las espigas, colocadas en mazorcas sobre vueltas de cinta, componian bellos y nuevos modelos. Las mismas mazorcas se elevaban en haces sobre los sombreros de campo. Dos sombreros de paja de arroz, estaban guarnecidos de barbas de tul blanca, sujetas sobre la derecha por un grupo de yerba florida.

Otro sombrero de crin negra guarnecido de maiz y encaje negro.

Otro de paja de arroz adornado de plumas de faisán dorado, con blanca por encima, bavolet de blanca y paja de arroz, interior de tul bullonado con mezcla de blanca negra, y un nido abrigado en ella.

Un delicioso sombrero con el ala de paja y fondo de crespon paja, formado de una serie de pliegues; el bavolet sigue la misma disposicion; las bridas paja, prendidas por encima con ramo de espigas, encaje negro, amapolas, y avena negra dentro y fuera.

Las confecciones no cambian por ahora; los grandes cuellos, las pelisas, los paletóts-chaquetas han inaugurado la estacion. Aunque la forma sea la misma, parecen nuevos porque los adornos varían extraordinariamente; los echarpes, las manteletas *Manón-Lescaut* se llevarán durante el calor con los chales de encaje que se mantienen en boga. Los hay soberbios en encaje de Chantilly para acompañar á los trajes de vestir.

Nada más encantador que la coleccion de trajes bordados, fabricados exproso para las reuniones de estío. Los tejidos más vaporosos están dispuestos con guirnalda de flores, reproducidas admirablemente.

En el siguiente número seguirán los trajes de baños, supuesto que nuestras elegantes que aun no han partido se dispondrán á ejecutarlo.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.^a figura. Traje de señora, de tafetan claro, color de trigo de las Indias, guarnecido de gruesos cordones que suben enrollados por el delantero de la falda. El vuelo de ésta se recoge detrás en pliegues sobrepuestos unos encima de otros, de modo que formen uno solo, dando la suficiente amplitud á la falda. El adorno sigue toda la altura del delantero, ensanchando en el bajo y estrechando en el talle. En la espalda parte desde el cuello, atraviesa el talle y continua á lo largo del pliegue, como á unos dos tercios de la falda, donde termina por dos grandes borlas desiguales. Las mangas abiertas hasta el codo, adornadas en el mismo género. Adorno de cabeza de tul blanco, cintas moradas, grupo de lilas y cabos flotantes de guipur que caen por detrás.

2.^a figura. Traje de niña, en piqué blanco, adornado con grandes hojas de piqué mahon, bordadas de negro con los bordes rodeados de una puntillita de guipur. Cuerpo cuadrado adornado en el mismo género, cintura y hombreras igual. Camiseta de batista á plieguecitos. Redecilla azul y negra. Pantalón blanco; botines grises.

Por todo lo no firmado,
La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.